

azucenas de la plegaria y el espíritu vuélvese á la Suprema Causa para negarla.

La juventud se va; el otoño, lleno de madureces, llega. Se ha estudiado mucho, y en el abismo de aquellas filosofías contradictorias que nos han llevado á merced de la marejada, no brilla una luz. Advertimos que hemos destronado á una Divinidad y que la filosofía no nos da otra para sustituirla.....

Entonces, los espíritus cultos, artistas, buenos, los adeptos de la Belleza y del Amor, tienden los ojos hacia el Ideal. Las facultades del alma no pueden aplicarse sin inquietud á lo percedero, y el Cristo derrocado vuelve á erguirse en los corazones. Mas el razonamiento ha debilitado la fe. No es posible ya la sumisión absoluta y surge el misticismo convencional, el misticismo de Tolstoi, ese excelso espíritu inquieto que ha contemplado todas las negruras de la vida, el misticismo artístico.

Tal es el misticismo de Justo Sierra. No es el ortodoxo: es el nostálgico; el que siente con Renán, la tristeza de la duda, el que quisiera divinizar de nuevo á Cristo y no puede, y exhalando la suprema queja del poeta que no hallando rumbo fijo á sus tendencias exclama: *¿Où va l'homme sur la terre?*

Acaso me equivoque; de nada presumo; pero el último poema del Sr. Sierra, es para mí la revelación de ese tercer estado psicológico propio de todos los grandes espíritus, que he descrito, y no me guió para mi afirmación por la personalidad determinada del *Beato*, sino por lo indefinido que flota sobre ella, por la parte del alma del autor que sobre los alejandrinos vaga, y tal afirmación hágola porque en mi concepto enaltece á Sierra, un gran nostálgico de la Divina Belleza y del Divino Amor. Hay en él mucho corazón para que el análisis fino del filósofo positivista no le parezca deficiente; hay en él demasiado de bondad para que le perjudique lo demasiado de sabiduría!

\* \* \*

En Junio salió á luz el segundo *Poema Cruel* de nuestro joven poeta Luis Urbina, intitulado *Una juventud*.

Paréceme que viene á propósito, ya que de él debo hablar, la reproducción de lo que entonces escribí en *El Nacional*, bajo la inmediata impresión que me produjo su lectura.

Decía yo entonces:

*El Universal*, en su número del domingo, publica el nuevo poema de Urbina, intitulado «Una juventud.»

Habíamoslo oído ya de los labios del joven autor de *Carmen*, en esta ó aquella íntima tertulia improvisada al rededor de la mesita de un café, ó en la modesta sala de un literato; habíamoslo oído, matizado por la peculiar recitación del poeta, que da vida nueva á cada uno de sus versos.

En las columnas de este mismo diario, dijimos que Urbina rompía en ese poema con tradiciones ya muy añejas con prejuicios puramente líricos respecto á la rehabilitación de ciertas mujeres.

Juan, el héroe del poema, es un enfermo y una enferma así mismo Elena. Urbina ha querido analizar dos seres desequilibrados. Busco enfermos, nos ha dicho, porque los sanos no serían tipos á propósito para el estudio, en poemas *cruels*.

Son dos enfermos, sí, pero de enfermedades bien diversas.

A Juan, los sueños le han creado ficticios impulsos de generosidad. Desde muy niño sintió amor por los poetas:

*Aquellos de ojos tristes y cabelleras largas.*

*Volaban sus ímpetus tras el dolor ajeno:*

*Llevando una infinita piedad por los caídos.*

Todo eso era muy bueno, pero su lirismo indomable, su bondad falseada por la imaginación, le sugirieron meterse á redentor, y á redentor de una Magdalena; fué al «*pais del beso*» y habló, nó el lenguaje del deseo, sino un lenguaje extraño: habló de virtud, de redención, de amor.

—¿Y gustas de esta vida?—No conozco otra.—Elena, dime: ¿tú sufres mucho?—A veces sí.—¿Tu pena es pertinaz y honda?—Surge sin saber cuando ..... —Y qué nunca te asaltan deseos de ser buena?—¡Oh! ¡mucho, mucho!—dijo, y se quedó pensando

La antítesis había cautivado ya á la perdida; en su cenagosa ruta, hábale hablado sólo al oído la lascivia de los recién venidos. Aquel joven triste la sedujo; mostrábale la perspectiva encantadora de un mundo, para ella desconocido: el del bien, pero un bien *sui generis*: el poeta iba á darle alas, mas no para que subiese hasta el cielo, como pudiera presumirse, sino para que subiese hasta el amor terreno, mezclado de impurezas, de anhelos libidinosos, pero exclusivista; hasta el amor que subtrae de una promiscuidad nefanda.....

¡Y comenzó el ascenso! Por luminosa escala  
Tendida desde el fondo miasmático y sombrío,  
Subieron; él sirviéndole de fe, de aliento, de ala,  
Y murmurando:—Elena, la vida no es tan mala .....  
Ella diciendo:—¡Ayúdame! ¡Subamos más, bien mío!

Y llegaron á un nido de amores, pero de amores libres, de amores que ningún juramento sagrado santificaba. Y de los gérmenes insanos de aquellos amores brotó una flor mustia, lánguida, lleva de livideces: ... *¡la pálida enfermita!*

Había surgido un lazo nuevo y poderoso; pero ¡ay! el vicio tiraba por su parte; el siniestro imán del cielo atraía; la lucha para Elena era imposible; tenía una coraza; el amor materno; pero los dardos de la lujuria atávica herían el talón. Cayó, pues.

*Debía caer*: he aquí el principio en que, en nuestro concepto, se basa el poema, principio implícito en la siguiente estrofa, que consideramos como la capital de la obra:

Ya ve que es imposible la redención: se impone el hábito adquirido; ve que la lucha es vana contra el temperamento ... ¿Qué importa que abandone su error el alma y vuele, si al fin se sobrepone la carne triunfadora, la carne soberana?

El fatalismo que respira esa estrofa y por ende todo el poema, será muy de moda, pero muy desconsolador y, en mi concepto, falso si se le quiere universalizar.

De él se deduce este tremendo principio proclamado ya por ciertos pseudo-filósofos: el hombre es irresponsable. Admitido, se subvierte todo idea de bien, y el mal se vuelve necesario; la evolución es asimismo imposible: el mundo está lleno de enfermos. Es un manicomio donde cada cual va impulsado por manía invencible hacia el vicio.

*¡Nulla est redemptio!* se puede clamar, y el tremendo *¿por qué?* de la vida no tiene respuesta.

Como Urbina expone un caso concreto, claro es que todo lo ha ordenado de manera que su tesis resulte triunfante; pero debemos hacer varias observaciones que prueban, en nuestro concepto, el completo convencionalismo del poema, disminuyendo así notablemente la órbita de sus tendencias.

Preseindiendo de la enfermedad de ambos protagonistas, nada queda, salvo el lazo establecido por la niña, que pueda redimir á Elena.

¿El amor? ¡no! porque no es amor santificado por la idea religiosa, que, verdadera ó falsa, liga más fuertemente que cualquier otro lazo.

El amor libre, tal cual nos lo muestra Urbina, ni santifica ni redime.